

grandes justos que le habian precedido y sus alabanzas, diciendo : Alabemos á los varones gloriosos y padres nuestros en su generacion. Hombres grandes en virtud y adornados de prudencia anunciaban como profetas la dignidad de los profetas. Gobernando los pueblos de su tiempo, les daban avisos santísimos. Buscando modos músicos en su saber, cantaron los cánticos de las Escrituras. Hombres ricos en virtud, hermosos en el decoro, pacíficos en sus casas. Todos estos alcanzaron gloria en las descendencias de sus familias. Los que de ellos nacieron, dejaron nombre para celebrar sus alabanzas. Varones misericordiosos, cuyas piedades no faltaron. Con su posteridad permanecen los bienes, sus nietos son heredad santa y en los testamentos permaneció su posteridad. Por ellos permanecerán sus hijos para siempre, su descendencia y su gloria no será oscurecida. Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su nombre vivirá de generacion en generacion. Cuenten los pueblos su sabiduría, y anuncie la Iglesia sus alabanzas.

Sigue aquí el Eclesiástico nombrando los hombres ilustres que acaba de describir, y pone el primero al gran patriarca y gran profeta Henoc, diciendo : Henoc agradó á Dios y fué trasladado al paraíso para predicar á las gentes penitencia. Hace despues el elogio de Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moises, Aaron, ... y llegando á Elías, dice : Se levantó Elías profeta como un fuego, y su palabra ardió como una hacha. Trajo sobre ellos (los idólatras) hambre, y quedaron pocos que le mortificasen por su celo; porque no podian sufrir los mandamientos del Señor (que Elías les predicaba) : en nombre del Señor cerró el cielo (para que no lloviese en tres años y medio), é hizo bajar fuego del cielo tres veces (una para consumir el sacrificio, y dos para abrasar las tropas que iban á prenderle).

Fué engrandecido Elías en sus maravillas. ¿Y quién puede gloriarse como tú? ¡Ó Elías! Que con la palabra del Señor sacaste un muerto (el hijo de la viuda Sarep-

tana) del poder de la muerte : Que abatiste los reyes perniciosos (Acab, Ocozías, Joran su hermano, y Joran hijo de Josafát), quebrantaste su poder, y arrojaste á los soberbios de su lecho : Que oyes en Siná el juicio (del Señor) y en Horeb los decretos de defensa : Que unges reyes para castigar y haces profetas para que te sucedan : Que fuiste recibido en torbellino de fuego, en carro de caballos encendidos : Que estás destinado para aplacar la ira del Señor en los juicios de los (últimos) tiempos; para reconciliar el corazon del padre con el hijo, y restituir las tribus de Jacob (á sus promesas, verlas cumplidas en Jesucristo descendiente de Abraham, Isaac y Jacob, y creer en este Mesías prometido). Bienaventurados los que te vieron y fueron honrados con tu amistad, porque nosotros solo vivimos hasta la muerte, mas despues de la muerte no será tal nuestro nombre (como el tuyo que vives para la salud de muchos).

Aquí concluye el historiador sagrado, y en vista de este elogio que el Espíritu Santo hace de Elías, no es de extrañar que en los tiempos de Jesucristo se le equivocase con aquel Juan que no tuvo igual entre los nacidos de mujeres; que Juan y Elías fuesen uno mismo en el espíritu y la virtud; que el mismo Jesucristo, haciendo el elogio del Bautista, dijese que era el mismo Elías; y en fin, que le eligiese como gran profeta para que juntamente con Moises, gran legislador, le acompañasen, uno á la derecha y otro á la izquierda, en la gloria del Tabór.

ELISEO, DISCÍPULO Y SUCESOR DE ELÍAS.

Este querido discípulo del gran profeta, cuando ya cansado de mirar al cielo, no le quedó esperanza de volver á verle, se entregó al mas profundo sentimiento, rasgó sus vestiduras y prorumpió en un copioso y prolongado llanto, hasta que desahogado su corazon y enjugando sus

ojos, vió la capa de su querido maestro que habia dejado caer al tiempo de su arrebató en confirmacion de que le quedaba el espíritu doble que le habia prometido. Eliséo recogió lleno de consuelo la capa de su señor, se dirigió al Jordán, y para pasarle, hizo lo que habia visto hacer á su buen maestro. Dobló la capa, y despues de bien plegada, hirió con ella las aguas, pero las aguas no se dividieron, y de aquí su pena. Levanta los ojos al cielo y se queja amorosamente, diciendo : ¡ Y dónde está ahora el Dios de Elías ! Vuelve á herir las aguas con la capa, y las aguas se dividen á uno y otro lado y Eliséo pasa. El Señor quiso probar aquí la confianza y firmeza de su nuevo ministro, y salió bien la prueba.

Los hijos de los profetas que habian seguido últimamente á Elías y Eliséo hasta las riberas del Jordán, permanecieron allí para ver lo que era de ellos, y en efecto, les vieron pasar el rio á pié enjuto, caminar hácia las campiñas de Moab, y ¡ qué asombro ! vieron que un carro de fuego, tirado por caballos de fuego, arrebató envuelto en un torbellino á Elías, carro y caballos con direccion hácia el cielo. Vieron á Eliséo, recoger su capa, herir con ella dos veces las aguas, dividirse estas y pasar Eliséo, y al ver esto dijeron : El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliséo. Entonces corriendo á su encuentro, le veneraron postrados en tierra, y considerándole sumamente afligido por la pérdida de su querido maestro, le dijeron : Aquí hay entre vuestros siervos cincuenta varones fuertes que pueden ir á buscar á vuestro dueño, por si acaso el espíritu del Señor, que le arrebató de vuestra vida, le ha dejado en algun monte ó algun valle. No los enviéis, les dijo Eliséo ; pero ellos porfiaron tanto que le hicieron condescender y decir : Enviadlos. Luego marcharon los cincuenta hombres, y despues de correr valles y cerros por espacio de tres dias, se volvieron sin hallarle, y les dijo Eliséo (que ya se encontraba en Jericó) : ¿ No os dije que no enviáseis á buscarle ? Mas ellos con esta diligencia quedaron satisfechos y contentos.

Eliséo sana milagrosamente las aguas de Jericó.

Tomada, quemada y anatematizada por Josué esta ciudad y amenazado el que la reedificase con la pérdida de de todos sus hijos, habia sido no obstante reedificada en tiempo de Acab por el temerario Hiel, como hemos dicho, y se hallaba ya poblada ó de gentes venidas de la pequeña Jericó, que en tiempos posteriores á Josué se habia edificado en sus cercanias, ó de otros puntos de la tierra prometida ; pero las aguas de su fuente eran muy malas, causaban la muerte y esterilizaban la tierra. Regularmente habrian quedado así desde la quema de la ciudad, porque antes Jericó era muy deliciosa. Como los que la habitan vieron en Eliséo el don de milagros, luego le pidieron uno para su ciudad. Se presentaron á él en gran número, y le dijeron : Ya veis que la morada de esta ciudad es muy buena, mas las aguas son muy malas, y por donde van, hacen la tierra estéril. Eliséo no se hizo de rogar. Tradme, les dijo, una vasija nueva con sal ; y habiéndosela traído, se fué á la fuente y echando la sal en ella, dijo : Esto dice el Señor : Sané estas aguas y en adelante no habrá muerte en ellas, ni esterilidad ; y las aguas quedaron sanas.

Dos osos despedazan los muchachos que le insultan.

Bien quisieran los habitantes de Jericó que su bienhechor permaneciese entre ellos, pero Eliséo habia sido hecho ministro del Señor para toda su patria. Partió luego á Betel, ciudad abominable desde que Jeroboan puso allí uno de los dos becerros de oro. En ella los hijos participaban, como era consiguiente, de las abominaciones de sus padres, y cuando Eliséo iba subiendo á la ciudad, una turba de muchachos salieron de ella y le escarnecian é insultaban, diciendo : Sube, calvo ; sube,

calvo. Miróles Eliséo, y arrebatado de aquel espíritu de celo que consumía á su maestro por causa de los pecados, maldijo á aquella juventud idólatra é insolente en nombre del Señor á quien insultaban en su ministro, y luego salieron dos osos del bosque de Betel y despedazaron hasta cuarenta y dos de ellos. ¡Castigo justo del desprecio que hacian del enviado de Dios, y escarmiento terrible para los padres que no erian y educan en la virtud á sus hijos! Eliséo pasó de allí al monte Carmelo y vino á parar á Samaria.

Dijimos en el principio de la historia de Joran, rey de Israel, que haríamos la de los últimos sucesos de Elías, mientras que aquel y Josafát, rey de Judá, coligados para hacer la guerra al rey de Moab, preparaban sus tropas; y en efecto, al llegar ahora Eliséo á Samaria, salian ya las tropas de Joran á juntarse con las de Josafát sobre las fronteras de la Idumea, donde el rey de Edon debia tambien reunirse con las suyas. Se verificó luego la reunion de los tres reyes, y para evitar el paso del Jordán, tomaron la vuelta del mar Muerto, caminando por los desiertos de la Idumea. Siete dias anduvieron por aquellos arenales, y aunque se habia cuidado de llevar las provisiones que parecian necesarias, la del agua escaseó y llegó á faltar en términos que morian de sed los caballos, y estaban ya en peligro de morir tambien los hombres.

El rey de Israel, como verdadero idólatra contaba al Dios de sus padres en el número de los demás dioses, y le creía capaz de siniestras intenciones como ellos. ¡Ay, ay, ay! decia, quejándose altamente. El Señor nos ha reunido tres reyes para entregarnos en las manos de Moab; pero el rey de Judá, como buen Israelita, pensó de otro modo. ¿No hay aquí, preguntó, algun profeta del Señor para pedir por su medio al Señor? Aquí está Eliséo, hijo de Safat, el que echaba el agua sobre las manos de Elías, respondió uno de los siervos del rey de

Israel. En él hay palabra del Señor, dijo el rey de Judá, y luego bajaron á él los tres reyes.

Eliséo anuncia la provision de aguas milagrosas y la victoria contra Moab.

¡Cuánto pueden estos dos agentes de la Providencia, necesidad y virtud! Aquí la primera obliga á humillarse á tres reyes juntos, y la segunda hace que un hombre, que nada significaba entre las tropas, sea superior á los reyes que las mandan. Eliséo en la presencia de tres monarcas sostiene su carácter, respeta la piedad de Josafát, y reprende con valor la impiedad de Joran, aunque la ve rodeada de un ejército numeroso. ¿Qué tengo yo que ver contigo? le dijo. Anda á los profetas de tu padre y de tu madre; pero, el rey de Israel, empeñado en echar la culpa al santo por esencia, volvió á su queja, diciendo: ¿Porqué ha juntado el Señor estos tres reyes para entregarlos en las manos de Moab? Vive el Señor, en cuya presencia estoy, respondió Eliséo santamente indignado; vive el Señor, que si no respetase la persona de Josafát, no te hubiera escuchado, ni aun mirado. Que me traigan un salmista, dijo en seguida, y luego se le trajeron, y mientras que el salmista cantaba salmos, la mano del Señor vino sobre Eliséo y dijo: Haced en la madre de este arroyo muchos fosos. No manarán, ni veréis viento ni lluvia, y estos fosos se llenarán de aguas que enviará el Señor; y además entregará á Moab en vuestras manos; y todo sucedió como decia Eliséo. En la mañana siguiente, á la hora del sacrificio matutino, se vieron venir las aguas por el camino de Edon y llenar todos los fosos; y bebieron de estas aguas milagrosas los reyes, sus familias, el ejército y las bestias cuanta quisieron.

Supieron los Moabitas que los tres reyes avanzaban contra ellos por el desierto, y vinieron á resistirles en

las fronteras de su reino. En la mañana del suceso milagroso vieron, luego que salió el sol, las aguas rojas como sangre (fuese por efecto natural de la reverberacion ó por un nuevo milagro), y como sabian que estaban secos hacia mucho tiempo todos aquellos desiertos, no dudaron que era sangre, y dijeron : Sangre es de espada. Los reyes han vuelto sus armas unos contra otros y se han destrozado. Y corre Moab á la presa : diciendo y haciendo, avanzaron en desórden sobre el campo de los reyes. Estos dejaron que se acercasen, y luego se arrojaron sobre ellos, hicieron un grande estrago y les fueron persiguiendo hasta la capital del reino, que cercaron sin perder momento. El rey de Moab tomó consigo setecientos hombres de los mas valientes para romper el cerco por la parte del rey de Edon y huírse, pero no pudo y le fué preciso encerrarse en la ciudad.

Hecho atroz del rey de Moab

Siguió el sitio, se abrieron anchas brechas, y ya se trataba del asalto, cuando el rey de Moab se arrojó á la última desesperacion, y vino á comprar su libertad á precio de la sangre de su primogénito. Tomó á este infeliz y jóven príncipe, destinado á llevar algun dia la corona, y poniéndole sobre el muro, le degolló con su propia mano á la vista de los sitiadores y le ofreció en sacrificio al ídolo de Moloc, que era el dios del país. Esta horrible accion de un padre bárbaro y cruel estremeció á sus mismos enemigos, y arrepentidos de haberle reducido á tal extremo, abandonaron el sitio y se volvieron cada uno á sus Estados con sus tropas.

Aumento prodigioso del aceite de la viuda de Samaria por la intercesion de Eliséo.

Tambien Eliséo, cumplidos en todo sus vaticinios, se volvió á Samaria, y no tardó en presentarse ocasion de continuar su ministerio de caridad y de milagros. Luego acudió á su proteccion la mujer de uno de los hijos de los profetas diciéndole : Vos sabeis que vuestro siervo, mi marido, ha muerto, y tambien sabeis que fué temeroso de Dios, y hé aqui que ha venido un acreedor á llevarse mis dos hijos y hacerlos sus esclavos (hasta pagar toda la deuda). ¿ Y qué quieres que yo haga? la dijo Eliséo : ¿ qué tienes en tu casa? Yo, vuestra sierva, no tengo otra cosa en mi casa que un poco de aceite (para que unjan mi cuerpo despues de mi muerte, que debe estar muy cerca en vista de mi miseria). Anda, la dijo Eliséo ; pide prestadas á todos tus vecinos muchas vasijas. Entrate en tu casa con tus hijos, cierra tu puerta y echa de ese aceite en todas las vasijas, y cuando estuvieren llenas, las retirarás. Fué, pues, la mujer, recogió todas las vasijas que pudo adquirir prestadas de todos sus vecinos y se encerró en su casa con sus dos hijos. Ellos la presentaban las vasijas, y ella echaba del aceite, y cuando estuvieron ya todas llenas, dijo al uno : Trae otra vasija ; y él respondió : No la tengo. Entonces paró el aceite. La buena viuda, llena de admiracion, de consuelo y de agradecimiento al Señor y á su profeta, no se atrevió á tocar al aceite milagroso sin permiso del hombre de Dios por cuya intercesion se habia hecho este prodigio, y fué á arrojarle á sus piés y á pedirle su permiso. Anda, la dijo Eliséo, vende el aceite, paga á tu acreedor, vivid tú y tus dos hijos de lo que quede.

Hijo de la Sunamitis, concedido milagrosamente por la misma intercesion. *

La fama de este nuevo prodigio, que luego se divulgó, hizo mas célebre el nombre de Eliséo. Los buenos Israelitas vieron á Elías en su discípulo, y se confirmaron mas y mas en la piedad y la religion; y los impíos, como sucede en todos los siglos, hablaron un poco de él, dudaron y se olvidaron. Presto se siguieron á esta maravilla otras que tuvieron los mismos efectos. Después que Eliséo habia sucedido á Elías en la dignidad de superior de los hijos de los profetas, visitaba con frecuencia los diversos puntos del reino para sostener en ellos el celo de la religion y animarles á trabajar en la instruccion del pueblo. Ya habia ido mas de una vez hasta las cercanías del Carmelo, y al pasar por Suna, patria de la hermosa y casta Abisag, que dió calor á David en su ancianidad, se habia hospedado siempre en casa de un Israelita fiel, y hombre de consideracion en la ciudad, cuya esposa, tambien de consideracion por su calidad y mas por su virtud, habia obligado al hombre de Dios á que parase en su casa. Esta piadosa Israelita, deseosa de proporcionar á Eliséo un retiro acomodado á su ministerio; dijo á su marido: Tengo visto que este varon de Dios, que pasa frecuentemente por nuestra casa, es un santo. Hagámosle un pequeño aposento, y pongamos en él una cama, una silla, una mesa y un candelero para que, cuando venga á casa, se recoja en él y esté á su libertad. Convino en todo el marido y se preparó el aposento.

Al primer viaje disfrutó el profeta su nuevo albergue, y á ley de agradecido, deseó premiar á esta segunda Sunamita sus buenos officios. Llamamela, dijo á su criado Giezi, y habiendo ella venido á la puerta del aposento, la envió á decir por Giezi: Veo que nos has asistido con esmero en todo; ¿qué quieres que haga por ti? ¿tienes

algun negocio, y quieres que yo hable al rey ó al príncipe de la milicia? y ella contestó: Habito (en paz) en medio de mi pueblo. En vista de esta respuesta, preguntó Eliséo á Giezi: ¿qué quiere que haga por ella? y Giezi respondió: No se lo preguntéis. Ella no tiene hijos, y su marido es anciano. Pues bien, vuelve á llamarla; y habiendo venido, se paró á la entrada del aposento y el profeta la dijo: En este mismo dia y hora del año inmediato tendrás un hijo. No queráis por vuestra vida, señor mio, varon de Dios, respondió ella, no queráis lisonjear á vuestra sierva. Y concibió la mujer y tuvo un hijo en el mismo tiempo y hora que habia dicho el profeta.

Muere el niño del milagro.

Crió esta tierna y cariñosa madre á sus pechos este hijo del milagro, y le educaba con un cuidado, si cabe, mas que de madre. Creció el niño, y habiendo salido un dia para ir á su padre que estaba con los segadores, el mucho sol le pasó la cabeza, y luego principió á decir á su padre: Me duele la cabeza, la cabeza me duele. Tómame, dijo al punto su padre á un criado, y llévale á su madre. Esta le recibió, y traspasada de dolor al ver su estado, le puso sobre sus rodillas haciendo que se le aplicasen cuantos remedios fueron posibles, hasta que espiró sobre ellas al medio dia. No nos dice el texto santo que soltase ni una lágrima. Llena de fe y esperanza tomó su hijo en sus brazos, subió al aposento del hombre de Dios, le puso sobre su cama y cerró la puerta. Se fué al campo donde estaba su marido, le llamó aparte, y sin hablarle de la muerte de su hijo, ni dar la menor señal de ella, le dijo: Envía conmigo, te ruego, uno de los criados y una asna para ir corriendo al hombre de Dios, y me volveré. ¿Porqué quieres ir á él? la dijo su marido. Hoy no son calendas, ni sábado. Acostumbraban los buenos Israelitas ir en estos dias á las sinagogas, ó á

los profetas ó doctores de la ley, á oír la palabra de Dios, y por la advertencia del marido se infiere que su mujer tenia esta costumbre; mas ella insistió en su viaje, y le contestó: que no quedase con cuidado, que volveria en paz; y mandando al criado que aparejase la asna, subió en ella y le dijo: Arrea y da prisa.

Partió, pues y fué al Carmelo, donde á la sazón se hallaba el hombre de Dios, y cuando llegó á su presencia, se arrojó á sus piés y se abrazó á ellos. Giezi, que conocia bien la delicadeza de su señor, extrañó mucho que una mujer estuviese abrazada á sus piés, se acercó á separarla; pero el hombre de Dios le dijo: Déjala, porque su alma está en amargura. Regaba esta afligida madre los piés del profeta con lágrimas de amargura, y en la grandeza de su dolor prorumpió en estas palabras: ¿Acaso pedí yo un hijo á mi señor? ¿Acaso no os dije que no me lisonjearais (con semejante esperanza)? No reconviene al profeta por reconvenirle, sino por obligarle á que alcance del Señor la resurreccion de su hijo; mas el profeta nada la contesta, y dirigiéndose á su criado Giezi, ciñete, le dice, toma mi báculo y marcha: caminarás con toda diligencia y le pondrás sobre el semblante del niño; pero la madre dijo al oírlo: Vive el Señor, y vive vuestra alma, que no os dejaré (sin que vos mismo vayais). Con esto el profeta se puso tambien en camino.

Eliséo le resucita.

Giezi habia ido delante y puesto el báculo sobre el semblante del niño, y el niño no recobraba voz ni sentido. Al ver esto, se volvió á decir á Eliséo: No ha resucitado el niño. No quiso el Señor honrar con el don de milagros á quien no habia concedido el don de profecía. Llegó Eliséo seguido de la madre del niño; entró en su aposento y vió al niño muerto y tendido sobre su misma cama, cerró la puerta, oró al Señor, y subiendo á la cama,

se tendió sobre el niño y puso su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre sus manos, y principió á calentarse la carne del niño. Entonces Eliséo haja de la cama, se pasea por el cuarto, como dando tiempo para que acabase de entrar en calor. Vuelve á subir y á tenderse sobre el niño, y el niño bosteza; sigue bostezando por intervalos hasta siete veces, y á la sétima abre los ojos. Aquí Eliséo llamó á Giezi y le dijo: Que venga la Sunamitis, y al entrar esta en el aposento donde habia dejado á su hijo muerto, la dice Eliséo: Toma tu hijo vivo. Enajenada de gozo no corre á tomar el hijo, sino á arrojarle á los piés del profeta, y manifestar postrada en tierra su profundo agradecimiento. Toma en seguida á su hijo resucitado y corre á presentárselo á su marido.

En este hecho tan portentoso y circunstanciado se representa, segun la extensa explicacion que hace de él san Agustín, un gran misterio. En el niño muerto á Adán, en Giezi y el báculo que no tuvieron virtud para resucitarle, á la ley de Moisés que no lo era de vida como la de Jesucristo, y en Eliséo á Jesucristo y la vida que da su gracia. Muy semejante habia sido el portento que obró el Señor por medio de Elías, resucitando el hijo de la viuda de Sarepta.

Hambre de siete años en Israel.

Eliséo no solo recompensó la caridad de la Sunamita con alcanzar de Dios que la concediese un hijo, y con resucitársele, sino que la preservó con su marido é hijo del hambre de siete años que iba á principiar en Israel. Levanta tu casa, la dijo, y véte con tu familia fuera de tu pais adonde quiera que encuentres (modo de manteneros), porque el Señor ha llamado el hambre y vendrá sobre esta tierra por siete años. Sumisa y agradecida la Sunamitis al consejo del profeta, levantó luego su casa

y fué á establecerse á la tierra de los Filisteos, donde permaneci6 todo el tiempo que dur6 el hambre en Israel.

Per6 Elis6o no tom6 para s6 el consejo que acababa de dar á la Sunamitis. 6l se miraba como un ministro del Se6or destinado á ejecutar sus 6rdenes entre peligros, y si era necesario á costa de su vida, y á gobernar á los profetas 6 hijos de los profetas. En este supuesto se qued6 en el reino y se fu6 á G6lgala, por donde habia pasado con El6as cuando este su querido maestro iba á ser arrebatado. Era G6lgala y sus cercan6as la morada de gran n6mero de hijos de los profetas que vivian juntos en retiro, y entre estos verdaderos Israelitas vivia Elis6o como su director, como su padre y como uno de ellos; pero este grande hombre parece que no podia dar un paso que no fuese se6alado con un milagro.

Tres milagros sucesivos de Elis6o.

Se habia extendido por este tiempo el hambre sobre la tierra, y los hijos de los profetas participan cumplidamente de ella. Pon, dijo un d6a al que le servia, una olla grande y cuece en ella un potaje para todos, y el sirviente sali6 luego á recoger algunas yerbas del campo para echar en el potaje. Por desgracia se encontr6 con una, como vid silvestre, y cogi6 de ella coloquintidas hasta llenar su manto, y vuelto á casa, las pic6 y ech6 en la olla. Es tan nociva y sobre todo tan amarga la coloquintida, que con mucha propiedad se la llama *huel de la tierra*; pero 6l no sab6a lo que era, dice el sagrado texto. Cuando lleg6 la hora de comer el potaje, se reparti6 su porcion á cada uno; mas apenas le gustaron, clamaron todos, diciendo: ¡La muerte en la olla, varon de Dios! ¡la muerte en la olla! y no lo pudieron comer. Traedme harina, dijo inmediatamente Elis6o; y habi6ndosela traído, la ech6 en la olla y dijo al sirviente: V6 dando á la gente para que coman, y ya no hubo amargura ni otro mal en ella.

Á este tiempo lleg6 un hombre de Baalsalisa, ciudad situada al otro lado del reino, trayendo al varon de Dios las primicias que no podia ofrecer en Jerusalem, y eran veinte panes de cebada y trigo nuevo en su alforja. D6lo á la gente para que coma, dijo Elis6o á su sirviente, y este respondi6: ¿Qu6 es todo ello para ponerlo delante de cien hombres? Y volvi6 á decir Elis6o. D6lo á la gente para que coma, porque esto dice el Se6or: Comerán, y sobrar6. Púsolo, pues, delante de ellos, los cuales comieron (cuanto quisieron) y sobró segun la palabra del Se6or. Si en doctrina de san Pablo todas las cosas sucedian en figura á los que vivieron bajo el antiguo Testamento, y todos eran sombras de las venideras, este aumento y sobrante de pan bien circunstanciadamente representaba la multiplicaci6n de panes en manos de Jesucristo.

Los continuos milagros que hacia Elis6o y los que acaba de obrar sanando el alimento venenoso, y saciand6 á sus disc6pulos con pan milagroso, hacian que acudiesen de todas partes hijos de los profetas á los contornos de G6lgala, tanto mas cuanto se aumentaba mas el hambre con que estaba castigando el Se6or las idolatr6as de Israel; y fu6 tal la concurrencia, que juzgaron necesario hacer nuevos establecimientos. Con esta idea se presentaron al profeta y padre comun, y le dijeron: Veis (se6or) que el terreno en que habitamos es estrecho para todos. Ir6mos (si gustais) hasta el Jordán, y cada uno de nosotros llevar6 del bosque sus maderas, y edificar6mos all6 lugar para habitar; y el profeta les dijo: Andad. Venid vos tambien con vuestros siervos; y respondi6: Tambien ir6, y se fu6 con ellos.

Habiendo llegado al Jordán, que solo distaba de G6lgala dos leguas, principiaron el corte de maderas, pero sucedi6 que al concluir uno de ellos de cortar un 6rbol que estaba sobre la orilla del rio, salt6 el hierro de su hacha y se hundi6 en el agua. ¡Ay, ay, ay de mí, se6or mio! grit6 el hombre, que esta hacha la habia to-

mado prestada. ¿En dónde ha caído? le preguntó Eliséo, que no por casualidad se hallaba allí; y el afligido discípulo le señaló el sitio. Entonces compadecido de él su maestro, cortó un palo, le echó al agua, y con doblado portento el palo no nada, se hunde, baja al fondo, se entra por el ojo del hierro, y el hierro sube, nada sobre el agua y viene á entregarse á la orilla. Tómale, dijo el maestro al discípulo, y este extiende su mano y le toma, dando gracias al Señor de los prodigios y al ministro por cuyo medio los obraba.

Estos milagros eran continuos, grandes y tenian llenos de asombro y poseidos de la mas profunda veneracion y agradecimiento los corazones sencillos y bien dispuestos; pero el convencer á los impíos parece que pedia milagros mas públicos y que aun diesen mas golpe, y tambien los concedió el Señor. Á pesar de tantos, obrados por Eliséo, y que no podia ignorarlos Joran, pasando en su propio reino y casi al lado de su corte, este rey indiferente en materia de religion continuaba inalterable por los caminos de la impiedad. Dejaba correr el culto de los becerros de oro, y aun le fomenta á fin de que ninguno de sus súbditos fuese á adorar en Jerusalem. Para mover el Señor á este mal príncipe, ó á lo menos justificar á los ojos del universo el castigo que le reservaba, si no se convertia, hizo que los prodigios pasasen á su vista y la de su corte impía, que los debiese á aquel mismo profeta que en los desiertos de Idumea le habia dado en cara con su idolatría, y que fuesen tan públicos que se viesen hasta en los reinos extranjeros. Uno de los principales fué la curacion de Naaman. No se puede señalar á punto fijo el año de esta curacion, y por eso la hemos pospuesto al milagro del hierro hundido en el Jordán, con el fin de referir seguidamente los que se habian obrado esta vez en las campiñas de Gálgala.

Cura Eliséo al leproso Naaman Siro.

Era Naaman el general de los ejércitos de Benadad rey de Siria, y estaba muy apreciado de su señor por los grandes servicios que habia hecho á la nacion, y muy estimado en todo el reino, que le consideraba como su salvador; pero era leproso, y cuantos remedios se aplicaban á su mal eran inútiles. Mas el Señor, que queria hacer ostentacion de su poder en este potentado, dispuso las cosas de un modo igualmente suave que eficaz, para verificarlo. Las tropas de ladrones de Siria hicieron una correría en las tierras de Israel y cautivaron á una Israelita jóven, que llevaron á la corte de su reino. Su despejo y buenas prendas hicieron que la esposa de Naaman la tomase por doncella. Viendo la jóven Israelita el estado lastimoso é incurable de su amo, dijo un dia á su señora: Ojalá que mi señor hubiese ido al profeta, que está en Samaria; sin duda le habria curado de la lepra. Parecia algo temeraria la seguridad con que contaba la jóven Israelita porque Eliséo no habia curado aun leproso alguno, y por cierto que nadie sino Naaman recibió del profeta este favor; pero era el Señor quien dirigia este asunto, y la esposa de Naaman no oyó con indiferencia las palabras de su doncella. Pasó luego á dar esta noticia á su marido, quien no se descuidó en comunicarla al rey, pidiéndole al mismo tiempo que le permitiese pasar al reino de Israel á probar este último remedio.

Quería mucho el monarca á su general y no solamente le concedió la licencia que pedia, sino que le dió carta de recomendacion para el monarca de Israel. Tomó Naaman la carta de su señor y partió luego, llevando consigo diez talentos de plata (mas de doscientos treinta y seis mil reales), seis mil monedas de oro (sobre trescientos treinta y un mil reales), y diez mudas de vestidos para regalar al profeta, si le curaba de la lepra. Entró en

Samaria con un magnífico tren y entregó al rey de Israel la carta de su amo el rey de Siria, concebida en estos términos : Cuando hubieres recibido esta carta, sabrás que te he enviado á Naaman, mi criado, para que le cures de su lepra. Cuando el rey de Israel leyó esta carta, rasgó sus vestiduras y exclamó : Pues qué, ¿soy yo acaso algun dios que pueda quitar y dar vida para que este me haya enviado á decir que curé á un hombre de su lepra? Advertid y ved, dijo á sus cortesanos, que no hace sino buscar ocasiones contra mí.

Supo Eliséo que el rey de Israel habia rasgado sus vestiduras y le envió á decir : ¿Porqué has rasgado tus vestiduras? Que venga á mí (Naaman) y sepa que hay profeta en Israel. Vino, pues, Naaman con sus caballos y carros y se paró á la puerta de Eliséo. Quería el profeta dar al extranjero una alta idea de Dios y de la dignidad de sus ministros, y ni le convidó á entrar en su casa ni salió á recibirle, y solo envió un criado para que le dijese : Vé y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne recibirá la sanidad y serás limpio. Un hombre del comun del pueblo habria bajado al Jordán, y lavándose siete veces, habria conseguido la salud; pero Naaman, llevado del orgullo á que está la grandeza tan expuesta, se irritó por el tratamiento del profeta y se marchaba diciendo : Yo creí que se me presentaria este hombre, y puesto en pié, invocaria el nombre del Señor su Dios, y tocaria con su mano mi lepra y me curaria. Pues qué, añadía, ¿no son mejores el Abana y el Farfar, rios de Damasco, que todas las aguas de Israel para lavarme en ellas y limpiarme? Y como hubiese vuelto ya la espalda y se marchase indignado, se acercaron á él sus criados y le dijeron : Padre, aunque el profeta os hubiera mandado una cosa dificultosa debiérais ciertamente hacerla (por la salud). ¿Cuánto mas cuando solo os dice: Laváos y quedaréis limpio? Naaman era hombre de talento, vió que tenían razon sus criados y se rindió á su consejo. Bajó al Jordán y se lavó siete veces conforme á lo que le

habia dicho el varon de Dios, y quedó limpio de la lepra, volviéndose su carne (tan hermosa y delicada) como la de un niño pequeñito, dice el sagrado texto.

Naaman se miraba y no se conocia, y su gozo, al verse libre de la lepra, era igual á su agradecimiento. Volvió al varon de Dios con toda su comitiva, y puesto en su presencia : Verdaderamente conozeo, le dijo, que no hay otro Dios en toda la tierra mas que el Dios de Israel. Y en seguida trató de ofrecer al profeta el oro, la plata y los vestidos preciosos de que venia prevenido, y pareciéndole poco en comparacion á la grandeza del beneficio recibido, hizo su ofrenda con cierto encogimiento, diciendo : Ruégoos que admitais esta bendicion (este presente) de vuestro siervo; pero Eliséo, haciendo ver al extranjero el desinterés de los ministros del Dios verdadero, vive el Señor, en cuya presencia estoy, dijo, que nada recibiré; y aunque Naaman porfió con un empeño que expresa el autor sagrado con la palabra *fuerza*, nada pudo conseguir : y cediendo á la firmeza del profeta, sea, dijo, como gustais; mas (ya que nada quereis tomar mio, yo quiero llevar algo vuestro) permitid á vuestro siervo que lleve la porcion de tierra que carguen dos mulos (para erigir un altar en mi pais), porque no volverá jamás vuestro siervo á ofrecer holocausto ni víctima á dioses falsos, sino solo al Señor, Dios verdadero. Pero hay además en esto una cosa por la que rogaréis á Dios en favor de vuestro siervo, y es, que cuando entrare el rey mi señor en el templo de Remon para adorar (al ídolo) y sosteniéndose sobre mi mano, yo adoraré (me bajaré) mientras que él adora, perdone esto el Señor á vuestro siervo; y Eliséo le dijo : Véte en paz, esto es, puedes inclinarté para sostener al rey.

Codicia y lepra de Giezi.

Miraba Eliséo lleno de consuelo partir á Naaman;